

jondo sigue siendo fiel a su espíritu trágico. Si analizamos las palabras del flamenco, las letras populares, encontraremos en él todo tipo de temas, los mismos que están presentes en cualquier vida sencilla: el trabajo, la madre, la familia en general, la relación hombre-mujer, las denuncias sociales, la fiesta, las penalidades, la enfermedad o la muerte. Ahora bien, si destilamos la esencia de todas esas palabras, de todos esos temas, si reducimos el flamenco a su mayor verdad, nos quedaremos con la palabra, con el tema fundamental del cante jondo: el amor/muerte. No el amor y la muerte por separado, sino la síntesis, la unión y la mezcla de los dos.

El amor/muerte es una de las más hondas palabras, la que resume el sentir trágico, la que está en el centro de toda existencia pasional. El amor/muerte es, por otra parte, el tema esencial de toda metafísica trágica. Es una palabra esencial, que admite infinitas modulaciones, que expresa como ninguna otra el carácter paradójico de la vida. El cante jondo es música de duelo, de combate y de pena, porque tiene a la pasión, al amor/muerte, como tema principal. Aunque las letras flamencas sean muy variadas, el cante, diga lo que diga, expresa siempre la pasión, señala hacia el fondo trágico de la existencia y habla de él aun sin nombrarlo. El grito estremecedor que le caracteriza tiene su raíz en el amor/muerte, es una mezcla de afirmación y de destrucción, es una afirmación en la destrucción, un éxtasis pasional. Es de esa pasión esencial, del amor/muerte, de donde nacen el conocimiento y la acción, donde tienen su raíz nuestra verdad y nuestro talante.

Por ser expresión de una experiencia trágica de la vida, el cante jondo no habla de verdades racionales, sino de la verdad de la pasión, de la unidad entre sufrir y comprender, entre sentir y ver interiormente, entre padecer y saber, de la hermandad entre pasión y conocimiento. Su sabiduría nos enseña que de la pasión, del sentir, surgen el conocimiento y la acción; nos muestra que pensamos y obramos como sentimos. Por todo ello, implica una revolución de nuestro concepto habitual de experiencia, una ampliación del mismo. Así, en el cante encontramos un sentir trágico, pasional, un conocimiento trágico, no exclusivamente racional, y una ética trágica, no de la felicidad o del deber, sino de la autenticidad, una ética que se basa en la universalidad del corazón y no de la razón. Esta ética de la autenticidad no persigue la prudencia o el equilibrio, la administración de las pasiones, la «buena vida»; tampoco busca el cumplimiento de la ley y del deber, la renuncia a las pasiones, la «vida buena», sino la sinceridad y la espontaneidad del corazón, la «vida verdadera».

El ideal estético y ético del cante jondo es el de la vida verdadera. Si en él se confunden estética y ética es precisamente porque hay identidad entre sentir y actuar, porque su única norma de conducta, no escrita, es la fidelidad a la pasión, es expresar con profundidad y verdad lo que pasa

por nosotros, lo que nos pasa. Este «pasar» viene de pasión, pues aquí el orden de los acontecimientos proviene del orden de los sentimientos. En su pureza el cante jondo sólo busca una cosa: decir lo que de verdad nos pasa. Pero quiere decirlo evitando la mediación, la mentira del concepto, el equívoco del lenguaje, desea decirlo con el corazón, con el cuerpo entero transformado en lenguaje.

★

De todo lo dicho se desprende que el cante jondo nace en el seno del flamenco y que éste es el arte musical que define sus condiciones de aparición, es el ámbito en el que el cante jondo es posible, aunque no siempre se dé. Quien ha sentido alguna vez el cante en su pureza y verdad suele escuchar flamenco en permanente expectación, a la espera de ese estremecimiento imposible de simular, de esa hondura a cuyo servicio está el arte flamenco como ningún otro. La predisposición del buen aficionado suele ser la del asistente a una imprevisible celebración, la de quien acude a una cita consigo mismo sin saber si ese otro yo se despertará y se presentará. Es también la actitud de quien participa de un ritual comunitario, en el que se persigue un ideal: la comunión de los corazones.

El cante jondo es la más radical negación de cualquier forma de solipsismo, no permite el aislamiento de la interioridad, ni una emoción espiritual que no sea a la vez física; tampoco concibe un espectador impassible, pues en cualquier caso se es actor, ya sea cantando, ya sea tocando, ya sea escuchando, animando y jaleando. El ideal de una vida verdadera exige la exteriorización de la interioridad, la exposición pública de las emociones, la narración de penas, fatigas y «duquelas», la comunicación de las pasiones, la fraternidad de los sentimientos. En el cante no se realiza un acto social, sino una celebración comunitaria; su propósito no es hacernos aparecer como conciudadanos, sino como hermanos; los lazos que establece no son civiles y legales, sino comunales y afectivos. Su fin es crear una comunidad de espíritu basada en la memoria de lo que se ha vivido, en la común experiencia trágica de la vida. Por ello, podemos decir que el flamenco es una música *caliente*, si se nos permite la expresión, una música que alcanza su grado máximo en el cante jondo, en ese punto en el que se convierte en llama, en candela que abrasa los corazones e ilumina lo más recóndito de nuestro ser.

El cante jondo es primitivo, no cabe la menor duda, su parentesco con las formas musicales más antiguas de la humanidad está claro, pero no

es tosco, ni mucho menos, pues exige una profunda sensibilidad o, mejor dicho, la profundización en la sensibilidad, el abandono de sus capas más superficiales. Quien no se arriesga en esa profundización, quien no sondea su corazón, no está predispuesto para participar en él. Tampoco quien confunde sensibilidad con sensiblería y hace de la pasión una cosa frívola. La sensibilidad que conecta con este arte es aquella que siente sobre sí el peso de la mentira y de la convención, que arrastra un silencio de siglos, y llora desde la noche de los tiempos por el desprecio recibido, viviendo en sus carnes, por la razón que sea, la tragedia de los desheredados. Es la sensibilidad que se ahoga en la mascarada social, porque ha vivido mucho y callado mucho, y tiene el cante como única voz. Es humilde y aristocrática, humilde por su origen externo y aristocrática por su nobleza interior. Por todo ello, el cante no es, no puede ser, un arte de masas; al contrario, surge sobre todo en la reunión, en la pequeña fiesta, en el «cuarto de los cabales», en la intimidad creada por un sentir común.



El cante jondo es la expresión de una cultura de la sangre, es decir, una cultura de la memoria, de la pasión y de la tragedia; del recuerdo, del duelo y del desgarró. Así se comprende que haya sido rechazado con tanto desprecio y violencia por la cultura del progreso, de la razón y de la reconciliación, por esa visión del mundo que durante tanto tiempo se ha considerado a sí misma como la única posible y verdadera.

El cante jondo no ha tenido como escenarios de su nacimiento el conservatorio o la academia, lugares «luminosos» donde la razón se pone al servicio de la técnica musical, sino la cueva o la cárcel, lugares oscuros donde el corazón grita su desamparo. Una concepción superficial y pretendidamente ilustrada de la cultura menosprecia el flamenco por ser la música de los parias, por ser la voz inarmónica de los que no ven por ninguna parte la armonía del universo, el grito de los que con su duelo convierten en un cruel sarcasmo la idea de que éste sea el mejor de los mundos posibles. Esta concepción falsamente ilustrada contempla con desdén el desgarró de este arte, se siente inquieta por él, y es la responsable de que todavía hoy, e incluso entre flamencólogos de renombre, se siga estableciendo acriticamente la distinción, cargada de tantos complejos de inferioridad, entre música culta y flamenco. Ya va siendo hora de que esa distinción sea contestada desde algún lugar, es ya el momento de que sea tan noble, tan justa y verdadera, si no más, la voz de quienes no parecen formar parte

de la «Cultura» y de la «Historia» como la de quienes creen ser los únicos creadores de la una y protagonistas de la otra.

Lo hemos dicho al principio y lo repetimos ahora por si no ha quedado claro: el cante jondo es una música culta.

Pertenece a la cultura del desamparo, del desarraigo, de la marginación, de la miseria, del olvido, de la persecución. Es propiedad de todos aquellos que tienen el cante como única heredad, es el patrimonio de quienes, por toda formación musical, llevan en el pecho un clavel encendido y en la garganta el ahogo de una pena. No pertenece, por tanto, a la cultura de quienes se pueden permitir el lujo del refinamiento y de las educadas maneras y confunden ambas cosas con la nobleza de espíritu, no pertenece a aquellos que sólo por falta de sensibilidad desdeñan lo que no entienden. El doliente orgullo del cante jondo, de los hombres que lo han hecho posible, no debe aceptar por más tiempo la mirada altanera o displicente de quienes llevan su estupidez clasista hasta el terreno del arte, de quienes juzgan con sordera de corazón.

El cante jondo es hoy, por todo lo expuesto, una de las formas de expresión musical más ricas, sabias, intensas y profundas que poseemos los hombres, una perla nacida de la miseria, una sabiduría nacida de la pasión, una cultura nacida de la sangre.

José Martínez Hernández